

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

phase

¿Hacia dónde camina
la liturgia?

348

noviembre / diciembre 2018 (año 58)

CUIDAR EL ENCUENTRO DOMINICAL DE LA COMUNIDAD

M. Àngels TERMES FERRÉ
(Barcelona)

Vivo la liturgia desde mis primeros años de vida y, por tanto, la conozco «por inmersión» y por el deseo de saber y entenderla. Pero no soy, ni mucho menos, experta en liturgia.

Puedo opinar hacia dónde va la liturgia desde mi condición de miembro de una comunidad parroquial de Barcelona y de lo que sé «de oídas» de otras realidades, como por ejemplo zonas rurales con pequeños núcleos de población.

Hablaré de dos aspectos. Hacia dónde va el sentido de la liturgia y hacia dónde va su puesta en práctica. En ambos casos me centraré en la Eucaristía.

1. SENTIDO DE LA LITURGIA

El mandato del Señor en la Última Cena fue que hiciéramos el memorial de su pasión, muerte y resurrección de un modo muy sencillo: reunidos en comunidad comemos el pan –su cuerpo– y bebemos el vino –su sangre–. Nos lo puso fácil para que hiciéramos memoria de él.

M. Àngels Termes Ferré, directora de la revista *Galilea-153, liturgia, pastoral, vida* del Centre de Pastoral Litúrgica.

Pero en la liturgia, en la Eucaristía, no solo hacemos memoria de Jesús, también hacemos memoria del Dios inaudito que él nos predicó. Jesús no baja de la cruz porque, si lo hubiera hecho, creeríamos en un dios menor, hecho a nuestra medida. Y no, el permanece en la cruz, muere y Dios lo resucita, revelándose como DIOS en mayúsculas.

Además, en la liturgia de la Palabra, también vamos descubriendo, tal como hizo el Señor con los discípulos de Emaús, este Dios inaudito, que va más allá de nuestros esquemas raquíticos sobre dios y les da vuelta («els capgira», diríamos en catalán), y se nos presenta como aquel que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, que colma de bienes a los hambrientos y a los ricos los despide vacíos.

Tras el mandato sencillo del Señor de hacer su memorial, se nos ofrece la perenne novedad de este Dios inaudito que nunca acabamos de conocer. La Eucaristía, la liturgia, nos permiten este encuentro semanal para ir descubriendo, en medio de nuestra vida, cómo es el Dios de Jesucristo y cómo actúa en nosotros.

Si lo que acabo de decir es cierto, el futuro de la liturgia pasa porque los creyentes, individualmente y en comunidad, nos preguntemos si valoramos la Eucaristía como el encuentro semanal con este Dios perennemente nuevo. Y también porque los responsables de la Iglesia se pregunten cómo facilitar que cada una de las comunidades pueda celebrar el memorial del Señor.

Y las preguntas nos llevan a la necesidad de conversión. El futuro de la liturgia pasa porque los creyentes, individualmente y en comunidad, nos convirtamos y pasemos de las Eucaristías entendidas como un servicio a la carta a las Eucaristías como el encuentro de la comunidad para celebrar el memorial del Señor. Sin esta conversión profunda seguiremos viviendo la misa «a la carta» y nos quejaremos cuando supriman «nuestra» misa.

Y también creo que es necesaria otra conversión. Históricamente la figura del sacerdote se ha ido cargando de condiciones que en un momento concreto fueron necesarias según las situaciones

históricas. En el siglo XXI vivimos una situación eclesial, cultural, sociológica... concreta. En esta situación hay que valorar qué condiciones son necesarias para que alguien pueda presidir una celebración. Porque lo importante no es que surjan personas que cumplan unas condiciones concretas, sino que lo importante es que cada comunidad pueda tener quien presida el memorial del Señor. Y los responsables eclesiales creo que deberían priorizar esto último.

2. PUESTA EN PRÁCTICA DE LA LITURGIA

Ante la escasez de sacerdotes que vivimos, el futuro de la liturgia, como acabo de decir, pasaría por eliminar condiciones innecesarias para presidir celebraciones.

Pero mientras esto no llega, en las ciudades habrá que reducir el número de misas. Para no sobrecargar a los escasos sacerdotes y favorecer que sean vivencias reales del memorial del Señor para los fieles.

En las zonas rurales, donde las asambleas dominicales en ausencia de presbítero ya son habituales, habrá que cuidarlas, y remitirlas siempre al memorial del Señor que no puede celebrarse.

Tal vez los sacerdotes, en lugar de ir corriendo a celebrar en cuatro o cinco pueblos cada domingo, podrían distribuir la celebración de la Eucaristía a lo largo de la semana, un día en cada lugar, con mayor tranquilidad y dedicación a los feligreses. Y celebrar asambleas dominicales en ausencia de presbítero el domingo. Un intento a la vez de asegurar la celebración de la Eucaristía y la centralidad del domingo, día del Señor.

Y más, los misioneros en países del tercer mundo seguro que tienen mucha experiencia y habría que aprender de ellos.

Por otra parte, en las ciudades, donde hay costumbre de celebrar la Eucaristía los días laborables, habrá que ir buscando alternativas a la ausencia de sacerdote. Celebrar la Palabra es una buena alternativa para la comunidad que normalmente se reúne, pero también lo sería rezar laudes o vísperas.

EPÍLOGO

Me gustaría añadir que lo que he dicho incumbe sobre todo a los responsables eclesiales y a los laicos y laicas asiduos a las celebraciones.

Pero en todo lo que podemos hacer hay que tener en cuenta también a los participantes esporádicos. Ellos deben recibir, cuando vengan, una liturgia llena de sentido.

Y también los alejados de la fe que asisten puntualmente a una celebración. En la liturgia no deberíamos olvidar nunca la dimensión evangelizadora.

Acabo, pero antes quiero pedir al lector de *Phase* que sepa perdonar las posibles incongruencias litúrgicas incluidas en el texto.